

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS.

AÑO III.

MADRID, 29 DE MARZO DE 1908

NÚMERO 13



LEYENDA SIBERIANA

LA PALOMITA BLANCA

CONCLUSION

Una noche, mientras que los bandidos devoraban, porque aquello no era comer sino devorar, un cordero asado, Irene participó á sus hermanas su resolución de emprender la huida, pero las otras dos niñas no se atrevieron, tuvieron miedo, y por más que Irene les rogó, no quisieron intentar nada. Entonces Irene cortó con una navajita la cuerda que

Ayuntamiento de Madrid

le sujetaba las muñecas, pues desde que estaban lejos del pueblo, ya no las vigilaban ni las ataban tanto. Y escurriéndose como pudo entre las cañas altísimas que en aquellos campos había, caminó toda la noche sin descansar; cuando amaneció, se hallaba á mucha distancia de sus hermanas y de los bandidos, solita la pobre en el bosque, es decir, sola no, que la seguía sin dejarla la palomita cuya blancura se destacaba en el cielo azul.

Muchas veces oyó Irene á los lobos en el silencio de la noche, muchas veces silbaron balas en sus oídos, pero la niña no tenía miedo, pues llevaba consigo una protectora.

Rendida de cansancio seguía caminando días y días, alimentándose de moras y algunas frutas, hasta que llegó cerca de un río. Sabía ella que cuando hubiera atravesado aquel inmenso río, estaría á salvo de todo peligro; pero ¿cómo pasar si no tenía en donde embarcarse?

Toda llorosa se echó sobre la hierba sin confiar para nada en la palomita; el sueño pudo más que su pena y durmióse profundamente. Cuando despertó vió á la paloma muy cerca de ella, á la orilla del río; sin duda la pobre no pudiendo hacerla atravesar el agua se decidió á construirse un nido entre los juncos para servirla de compañera y no abandonarla. La niña pensaba así y seguía con melancólica distracción los trabajos de su guía y protectora, entretenida después de todo al observar con qué maña tejía los juncos; en menos de una hora hubo terminado su faena; entonces cogió una rama más larga que colocó en el nido, volvió á mirar á Irene, llevóse el nido hasta orillas del río, lo empujó y metió en el agua, y colocándose en él y cogiendo con el pico la rama larga se alejó remando... Irene lanzó un grito de alegría; acababa de comprender la lección, y con su navajita, que había conservado, trabajó con tal ardor en construirse una barquita, que por la noche la tenía terminada; acurrucóse en su escondite y quedóse pacíficamente dormida. A la noche siguiente, á la luz de la luna, botó al agua su frágil lanchita, y con dos palos que le servían de remos, y que, como hija de pescador que era, sabía manejar perfectamente, comenzó á atravesar el río despacito, temerosa de que un movimiento brusco la echase al agua. Por fin arribó á la otra parte del río, y con placer inmenso se puso de rodillas apenas desembarcó, para dar gracias á Dios que de tal suerte la había protegido en su penoso viaje. Luego levantóse y echó á andar hacia la izquierda, mas reparando que la palomita se dirigía hacia la derecha, cambió de camino; en efecto, por el lado que ella tomaba le quedaban por andar varias leguas, mientras que por el que le señalaba la paloma le faltaba tan sólo media hora de camino para llegar al pueblo.

Poco antes de terminar su largo y fatigoso viaje, la paloma se detuvo; luego, abriendo con majestad sus blancas alas, desapareció en el horizonte.

La llegada de Irene á su casa fué celebrada con extraordinario regocijo; la madre vivía aún con los tres hermanos de Irene; el padre murió

La noche en que á ella y á sus hermanas las robaron los bandidos; nadie quiso creer al principio que una niña tan pequeña hubiese podido escapar y venir andando desde tan lejos, pero Irene les refirió cómo se lo debía á la palomita blanca, y todos quedaron maravillados y encantados al oirla.

Sus hermanas, después de muchos años, se casaron en China, adonde las llevaron los bandidos; Irene y su familia volvieron á su antiguo pueblo, pero ya el intendente había muerto, así es que vivieron felices y tranquilos; casó Irene con un pescador, y á sus hijos no dejaba nunca de contarles cómo cuando tenía diez años consiguió escapar de las garras de los bandidos gracias á la protección de la palomita blanca, que, según ella, no era sino el *Espíritu Santo*, que quiso proteger á la familia de Constantinof, y salvarla de los peligros que corrieron, porque eran todos buenos y honrados.

Así lo dice la leyenda que me contaron, y así os lo he referido yo á vosotros, mis pequeños lectores de GENTE MENUDA.

MARÍA DE ECHARRI





CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XI

Bueno; estoy contenta... contenta... contentísima. La *miss* no sé cómo se las arregla, que siempre me deja contenta.

La pregunté aquello... y me aseguró que sí me quieren ustedes mucho, y que las niñas que leen *GENTE MENUDA* son muy amigas mías.

—¿Cómo no querer á Pilarcita, cuando es buenisima, y además sabe ya muchísimas cosas?

—Piluca también quiere mucho á todos—dije yo.

Bien; pues es el caso que tengo que decir que el otro día me llevé un disgusto atroz.

Hice las natillas á Baby; la *miss* quería ayudarme.

—¡Si yo las sé hacer! No quiero que nadie me ayude.

—¿Tan sabia eres que no necesitas consejos?—dijo la *miss*.

—Para guisar no me hacen falta.

—Está muy bien, haz tú sola las natillas.

—¡Pues clarito que las hago! ¡Sé todo lo que se las echa, y ya lo he dicho!

Pues es el caso, ¡qué vergüenza!, que me salió otra porquería como el arroz con leche la primera vez. Yo me eché á rabiar y á chillar de coraje.

—¿Ves?—dijo la *miss*.—Nunca se sabe lo bantante, y uno de los defectos más feos de las personas es la soberbia y el creer que no necesitan consejos. ¡Si te hubieses dejado guiar!

—¡Tengo una rabia muy grande!

—Pues también es una cosa fea y además inútil; sólo con rabiar no se te arreglan las natillas, y Baby no las comerá.

—¡Si yo batí mucho los tres huevos, luego los eché la media libra de azúcar y seguí batiendo, después lo junté con un cuartillo de leche y lo puse á la lumbre, y estuve meneando, menzando mucho, y antes de que cocieran las quité.

—¿Y se te cansaba mucho la manita de tanto mover la cuchara?—dijo la *miss*.

—¡Ya lo creo! Y aunque lo hacía con la derecha y después con la izquierda, cuando concluí me dolían hasta los brazos—contesté.

—Pues ya tienes explicado lo que pasó—dijo ella.—Tú cambiaste de mano, no tuviste cuidado de dar las vueltas de la cuchara siempre hacia el mismo lado... y se cortaron las natillas.

—¡Ay, pues no se quejaron ni nada!—contesté.—¿De manera que por no dar las vueltas siempre iguales las ha pasado eso?

—Sí, nena, sí; lo cual debe hacerte comprender que por muy sabia que tú te creas, hay quien sabe más que tú.

¡Mire usted qué lástima! ¡Y nos quedamos sin comer natillas! Gracias á que el perro de mi hermano no hace *remilgos*, y de cuatro lame-tones se las tomó todas. Es decir, no se las comió él solo, también comió... la manta. ¡Cómo se la puso, Dios mío!

—¡Piluca!—gritó mi hermano.—¡Mira cómo se ha puesto el perrito su traje de etiqueta! ¡Es preciso que lo limpies y lo arregles!

—¡No me da la gana!—dije.

—¡Hombre, qué dulzura de carácter!—dijo él.

—A mí no me insultas tú—grité, y... ¡zas! le tiré una plancha.

—Pilarcita, te has equivocado—dijo la *miss*, que entraba,—y es preciso demostrar que si te equivocaste al hacer ese dulce, eres capaz de dejar como nuevo el *frac* de ese animalito.

Con un poquitín de rabia, otro poquito de vergüenza y unas cuantas lagrimitas, hice lo que me mandaban, porque como no me riñe la *miss*, no sé decirla á nada que no. Con un paño y agua muy caliente, restregamos mucho la pobre manta, después se colocó muy estirada sobre una tabla, se la puso encima un pañito negro y se planchó con una plancha muy caliente. Quedó nuevecita.

—¿Ves, pitusa? Desengáñate, cada objeto tiene en el mundo su aplicación. Las cabezas de las personas no necesitan planchas ni almireces, que en cambio son dos cosas utilísimas para una niña hacendosa.

Ya no tengo tiempo hoy para contar lo del día de mi cumpleaños.

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO



Ayuntamiento de Madrid



LA ARAÑA

Alivia—le había dicho la abuela,—alivia á trabajar si quieres estrenar en el día de la Patrona zapatos nuevos.

Y Margarita, linda encajera cuya edad no pasaría de doce risueños abriles, agarró la almohadilla y se sentó á trabajar con un afán en ella desconocido. Sus manos, chicas y regordetas, parecían abofetear el aire; los palillos, por ellas vertiginosamente movidos, rebotaban sobre la encarnada cartulina del dibujo, produciendo

un son como de loco y alegre casca-beleo. Solamente con pensar que al fin iba á tirar aquellos zapatos rotos y descosidos para reemplazarlos con otros de lustrosa y charolada piel y de gallardos lazos, Margarita se volvía loca de placer, hasta el punto de romper á cantar.

Pero cuando más enfrascada estaba en su tarea, he aquí que de pronto se quedó como pasmada, y no porque hubiera vislumbrado alguna cosa extraordinaria, sino porque vió una araña que en un obscuro rincón se entretenía en urdir su tela. Margarita era muy distraída, hasta el punto de estarse horas y horas viendo volar las moscas, y de aquí su éxtasis al contemplar el curioso insecto. ¡Válgame Dios, y qué pluma sería capaz de describir la admiración que embargó el alma de la encajera cuando vió á la araña trabajando...! Estaba ésta muy entretenida en la confección de su tela. Apremiaba el hambre, y había que disponer cuanto antes la trampa para que cayeran las incautas moscas. Tendía rápidamente los hilos de pared á pared. Sus ocho patas dábanse á trabajar con admirable actividad, y en medio de ellas, el cuerpo rechonchuelo del insecto parecía bailar en el aire. Según avanzaba el tendido de los aéreos hilos se iba viendo el admirable y geométrico dibujo de la trama. Margarita, entusiasmada, se decía para sus adentros:

—¡Anda...! ¡Si parece que hace encajes...!

Y se reía pensando en aquella extraña encajera, que en los rincones, en los rosales, en los árboles, en todas partes tenía almohadilla; que no necesitaba para su labor dibujo ni alfileres; que en la tripa llevaba escondido un inacabable carrete de hilo... Al fin, transcurrido que fué un buen rato, la araña dió por terminada su obra, y ocultándose en una bolsita formada por la trabazón de los hilos, se puso á esperar pacientemente á sus víctimas. En esto apareció la abuela, y Margarita, como si despertara de un letargo, deseosa de recobrar en un instante todo el tiempo perdido, empezó á trabajar con ahinco, y, para distraer la atención de la abuela, le dijo con vocecilla mimosa:

—Mira, abuelita; mira aquella araña. La he visto trabajar, y parece que hace encajes lo mismo que yo...

Pero la abuela que, desde que entrara, había visto cuán poco había adelantado la labor de su nieta, haciéndose la enfadada—para lo cual hubo de inflar los carrillos y enarcar las peliblancas cejas,—le dijo con tono irritado:

—¿Conque la pobre araña trabaja lo mismo que tú...? ¿Cómo dices esa tontería? ¿No ves terminada ya la obra del insecto, mientras que la tuya está apenas sin tocar...? Pues mira: porque la araña trabajó, ya tiene lo que quería, que es su alimento; mientras que tú, por no trabajar, no estrenarás en el día de la Patrona los zapatos nuevos. ¡Ahí tienes las consecuencias de tu distracción y holgazanería...!

Y la abuela se marchó, mientras que la pobre Margarita miraba con ojos llorosos los rotos y descosidos zapatitos...

José A. LUENGO



Ayuntamiento de Madrid



DESEMBARCO DE COLÓN EN EL NUEVO MUNDO

El día 12 de Octubre de 1492 es una de las más memorables fechas de la Historia, pues en tal día Cristóbal Colón arribó á la tierra americana, realizando el descubrimiento del Nuevo Mundo. Había navegado desde el 3 de Agosto, en que dejaron las costas de España sus tres carabelas, y había tenido que luchar, no solamente con los peligros de tan arriesgada navegación, sino con los que provenían de la desconfianza y la impaciencia de los que en su viaje le acompañaban. Viendo éstos que por más que navegaban leguas y leguas la tierra no parecía, pensaron en arrojar al agua á aquel extranjero que los había engañado, y regresar á España.

En el último trance de la desesperación de los tripulantes les pidió Colón tres días de plazo solamente, al cabo de los cuales, si no se había descubierto la costa, renunciaría á todas sus esperanzas de gloria y de riquezas, y volverían á España. Al segundo día vió Colón muestras de que la tierra estaba cerca, y al amanecer el siguiente día un grito general de alegría saludó su descubrimiento.

Era la isla de Guarahani, á la que la piedad de Colón puso por nombre San Salvador, y sus habitantes fueron acercándose poco á poco á los españoles, examinando personas, armas y objetos con infantil curiosidad, acabando por cambiar el oro y los productos de su suelo por cascables, cuentas de vidrio y otras baratijas.

Tal es el asunto del artístico cuadro del celebrado pintor José Garnelo.



MARI-PEPA, LA CHISMOSA

Desde muy chiquirritina
de dedicó Mari-Pepa
á lo que la gente llama
meterse en vidas ajenas.
Todo lo curioseaba
con la diabólica idea
de irlo divulgando luego
comentado á su manera.
Las más íntimas amigas
se enemistaban por ella,
y los buenos camaradas
armaban mil peloterías.
Los muchachos, conociendo
al cabo sus malas tretas,
pensaron escarmentarla
para procurar su enmienda.
—¡Ay, Mari-Pepa!—'a dijo
con mucho misterio Esteban,—
tú que eres muchacha lista,
á ver lo que me aconsejas.
He descubierto una olla
que está llena de monedas,
y la enterré en el ribazo,
cerca de la cruz de piedra.

¿Debo dar parte al alcalde?
¿Me debo quedar con ellas?
Piénsalo tú que eres lista
y ten la mayor reserva,
pues nadie debe saberlo
mientras yo no me resuelva...
Mari-Pepa, al cuarto de hora
de escuchar la confidencia,
se encontró en el campo á Lucas
y se la refirió entera,
y Lucas, fingiendo asombro,
la propuso que se fueran
al ribazo y se guardaran
para los dos las monedas.
Fueron y hallaron la olla,
y al meter la mano en ella
estaba llena de un tinte
y puso su mano negra.
Y como sabían todos
los muchachos de la aldea
el origen que tenía
la mancha de Mari-Pepa,
la dieron una rechifla
que la corrió de vergüenza.

C.

EL T E

Los autores aseguran que la antigüedad de esta planta no es la que pudiera imaginarse, y para hacer esta afirmación se fundan en que en los antiguos libros chinos no se ha encontrado ningún signo que la represente. Dicen que los japoneses atribuyen al té un origen milagroso; que un varón santo, cuya vida estaba por completo dedicada á la meditación y á las buenas obras, había hecho voto de no dormir, y que, pasados muchos años en que ni un momento se había dejado vencer por el sueño, una



noche cayó al fin rendido. Al despertar, avergonzado de su debilidad, que así le hizo romper el voto, se cortó los párpados y los arrojó al suelo, brotando en seguida un arbusto para todos desconocido. Comió algunas de sus hojas; la calma volvió á su espíritu conurbado y el bienestar á su fatigado cuerpo, por lo que recomendó por todas partes el uso de la planta bienhechora.

Hasta el siglo xvi no se tuvo noticia en Europa del té. Los primeros que hablaron de él y del consumo que de esa bebida hacían chinos y japoneses, fueron los misioneros, los cuales refieren que se la conocía con el nombre de *chia* ó *chao*, y que le atribuían multitud de virtudes curativas.

Se cree que fueron los holandeses los que trajeron el té á Europa, en donde comenzaron á venderlo á precios muy elevados.

Los médicos acogieron, por punto general, la nueva planta con más simpatía que la que habían manifestado por el café, pues aunque no le faltaron adversarios que la combatieron vivamente diciendo que la salvia, por ejemplo, era más sana y de mejores resultados curativos, otros en cambio con la pluma y con la palabra, en los libros y en la cátedra, afirmaron que era el mejor remedio contra la jaqueca, la apoplejía, la parálisis, la epilepsia, los vértigos, la oftalmía, la gota, el



reúma, etc., etc. Solían administrar el té en grandes dosis y alguno hacía que se tomaran 40 tazas sólo por la mañana.

De aquí viene, sin duda, que las personas de mucha edad consideren el té como un remedio y sólo lo beban en caso de indigestión ó de desarreglos del estómago.

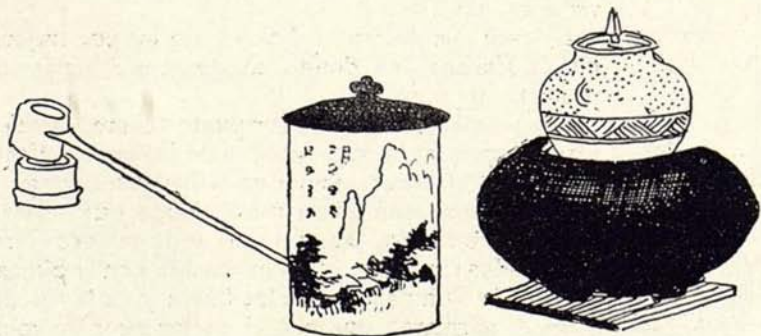
Muchas veces se ha intentado aclimatar la planta del té en Europa. Linneo, el célebre naturalista, afirmaba que tenía en su jardín, vivo y sano, un tallo de té que resistía las temperaturas bajas tan bien como otras plantas de su clase. En general, ha sido casi imposible obtenerlo en nuestras tierras, y si, después de muchos afanes, se ha conseguido alguna vez, la planta ha salido raquítica y muy pobre de hojas, que son las que, secas, sirven para hacer la infusión.

Los chinos cuidan la planta con el mayor esmero y, según un viajero, llega hasta tal punto su escrupulosidad, que tres semanas antes de la recolección del té destinado á la familia imperial, les está prohibido á los que van á hacerlo el comer ciertos pescados y carnes, para que su aliento no altere el perfume de las hojas. A más, les obligan á bañarse tres veces al día y no pueden tocar las plantas si no llevan guantes.

Claro es que no respondo de la exactitud del relato, pues á veces los viajeros exageran lo que han visto para dar amenidad é interés á sus observaciones; pero cabe suponer que los chinos reservarán para ellos lo mejor del té que en su tierra se produce, si no es verdadera la afirmación de que el que nos mandan á Europa, ya le ha servido al Emperador, primero, y luego á sus mandarines.

Aunque esta suposición no sea calumniosa, que debe de serlo, esto no autoriza á que escribamos mal su nombre. Ignoro cómo la palabra *chia* ó *chaa* se ha podido convertir en el vocablo *té*; estos son, sin duda, misterios de la pronunciación china; pero me extraña aún más que entre las dos letras de que se compone, se haya introducido una *h* decorativa, puesto que no tiene más objeto que el de darle aspecto extranjero, en menoscabo del sentido común.

JUAN ANTÓN





LA RADA DE PORT-SAID

PORT-SAID

A la entrada del Canal de Suez, en el bajo Egipto, se halla la ciudad de Port-Said que debe su existencia á las obras de la apertura de aquel istmo. Cuando en el año 1859 comenzaron los trabajos de construcción del Canal, era aquello una estéril faja de arena entre éste, el Mediterráneo y el lago Mensaleh. Comenzaron á instalarse, por necesidad de los trabajadores, una serie de casetas de madera para su albergue, cantinas, almacenes y otras construcciones humildes, al estilo europeo y sin orden ni plan. Poco después los ingenieros y los empleados se fueron edificando á su antojo *chalets* suizos y *cottages* ingleses, y de este modo fué creciendo la población en la que luego se levantaron templos, hospitales, hoteles, tiendas, cafés, un astillero y un faro.

La misma tierra que se sacaba para abrir el Canal, sirvió para robar espacio al lago, terraplenar y afirmar el suelo, y poco á poco se fué convirtiendo aquella primitiva agrupación de casuchas de madera en una ciudad importante, alegre y pintoresca, activa é industriosa y cosmopolita.

En Port-Said, como dijo un notable escritor, se oye hablar todos los idiomas del mundo; se ven desfilar individuos pertenecientes á todas las razas de la tierra.

Tiene esta ciudad dos caras: la europea que da al Mediterráneo, y la africana que mira al lago Mensaleh, en el cual verdean islas é islotes

y pululan las barcas pesadoras, y detrás de ésta se adornan y entrevén todas las grandezas del antiguo Egipto.

El Canal, que conduce al puerto por entre dos escolleras que arrancan de la playa, tiene de 150 á 200 metros de ancho con ocho ó nueve metros de profundidad. Para indicar el Canal se encuentran sondeadas, á lo largo de él, diferentes boyas, rojas las del lado del Oeste y negras las del Este. Para evitar que las arenas que traen las aguas cieguen el Canal y mantener su anchura y profundidad constantes, es preciso extraer anualmente unos 200.000 metros cúbicos.

En la dársena del Sur hay un muelle de madera al que pueden arribar los barcos con nueve metros y medio de calado.

Los faros de Port-Said son varios: en la playa, cerca del arranque del muelle del Oeste, sobre una torre blanca de granito, hay una luz eléctrica fija con destellos cada tres segundos, y elevada á 53 metros sobre el nivel del mar. Cerca de la extremidad del muelle, otro flotante con luz fija roja, visible á tres millas de distancia. En la extremidad del muelle está el faro grande del puerto con luz verde. Luces flotantes marcan la entrada del puerto, y otras en las entradas del Canal y en el lago Mensaleh.

La ciudad se compone de dos partes: la europea al Este, y la árabe al Poniente. La surte de aguas el Nilo por medio de un canal que viene desde Ismailía, pero no es bastante su caudal, y se ha recurrido á otro canal del Nilo, á Daimieta. Hay en Port-Said un hospital, donde son admitidos todos los marinos extranjeros, que son atendidos por médicos europeos; pero no hay lazareto donde hagan cuarentena los buques infestados ó sospechosos, por lo que á éstos no se les permite la entrada desde el Mediterráneo. Los que proceden del Mar Rojo hacen la observación en Suez.

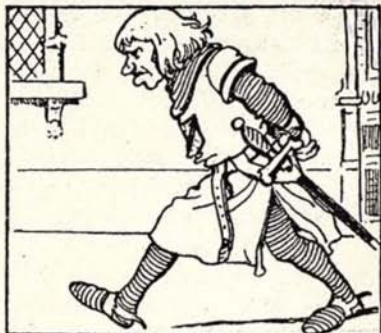


PUERTO DE PORT-SAID

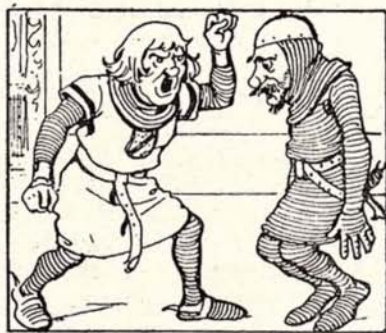
LECCION PROVECHOSA



Era el conde D. León hombre de carácter y voz tan terribles, que no era posible verle sin ponerse á temblar.



Pero por no tener con quien luchar, vivía en una paz desesperante que le tenía de un humor horrible.



Era tan imponente su voz, que á un grito suyo los más esforzados guerreros temblaban como débiles criaturas.



Y tan terrible su genio, que por la más pequeña falta intentaba decapitar á la criada... nero se contenía.



Por cierta fechoría sobre su escudo de armas, mandó, inflexible, colgar de una almena á su gato favorito.



Harto de tanta paz, se lanza en pos de arriesgadas aventuras, bien provisto de armas y dinero.



Le sorprende la noche y un tan fuerte aguacero que, á pesar de su valor, le hace pensar en buscar abrigo.



Y como la suerte le depara una cueva abierta en la roca, en ella se mete el intrépido y calado señor.



Dentro habia un miserable bandidero, que, sin miramientos, le arrebató la bien provista escarcela.



El conde le da uno de sus terribles gritos; pero no consiguió asustarle, porque el bandido era sordo.



Peró en cambio no era manco, y dió al conde la más tremenda paliza de que hay memoria.



Volvióse á su castillo molido y maltrecho, jurando no volver á dejar jamás aquella paz dulcísima.